

Nunca antes se había imaginado que podía tener una relación amorosa con una mujer que prefería la película *Tienes un e-mail* a la original de Lubitsch y que de *El tercer hombre* opinaba que ni fu ni fa. Pero nunca antes le había gustado tanto una mujer que estuviera dispuesto a renunciar a sus muy arraigados prejuicios a favor de un argumento que él mismo pergeñó sobre la marcha para justificar su deseo de Marga (a saber, que hacían falta mucho valor y una espontaneidad envidiable para afirmar en público su gusto por la tontería de Meg Ryan y Tom Hanks y su indiferencia por la obra maestra de Carol Reed), en vez de aceptar que la fijación sexual es caprichosa y todo el mundo, incluido él, era capaz de obsesionarse por alguien con un gusto cinematográfico tan apartado del suyo. Jaime se cansaba pronto de sus amantes, aunque poseía la habilidad de romper sin violencias, como quien accede a una voluntad tácita ajena, y solía utilizar tal delicadeza –que muchas confundían con dolorosa timidez– que rara vez no quedaban como amigas, de manera que, en épocas de sequía, optaba sin problemas por recurrir a aquella profesora con la que, consumido el placer, hablaban de Kafka y de Musil, o a la pintora de Salamanca que, previo a cada polvo, exigía el peaje de contemplar y comentar su última producción abstracta. Os habréis percatado de que Jaime era un hombre culto, algunos necios dirían que exquisito, y que se rodeaba de mujeres que se emocionaban con Gauguin y adoraban la *Novena* de Bruckner, sobre todo desde que había dejado de fumar y, desterrado el socorrido cigarrillo en la relajación *post*

*coitum*, una conversación de cierta altura equivalía al té que un británico bebería tras un considerable esfuerzo físico. Pero es que además le encantaba aguardar y observar ese instante en que cultura, intereses profesionales y maquillajes sociales se derrumban para dejar únicamente el rostro real de la mujer que, para él, se fundía con la expresión de entrega, de desnudez moral (la otra ya la recorrían sus manos) que precede al definitivo estremecimiento. De estudiante, su primera novia, que sacaba matrícula en todas las asignaturas, le había asegurado que no le importaría que la engañase con tal de que lo hiciera con una mujer tan inteligente como ella, condición que la dulce y pedante Carmen debía de considerar tan imposible de cumplirse como a Carlos IV que le pusiera los cuernos su real esposa, y no por la fealdad de María Luisa sino porque creía el monarca que aquella bruja sólo cometería adulterio con otra testa coronada y en España no había más donde elegir. Así que Jaime rendía homenaje a la chica con la que se estrenó sexualmente rechazando como compañeras de catre a todas las mujeres que, por muy atractivas que fuesen, carecieran del caché intelectual necesario para mantener una pasable charla sobre Cavafis. Nunca se había pagado una puta y, en contra de la confianza que tantas féminas endorsan al apotegma popular de que si a un hombre le pones la mesa al final come, Jaime había rechazado todas las mesas puestas que no le permitieran, aparte del juego carnal, el juego discreto de la inteligencia.

Y no es que Marga no fuese inteligente. Tenía la carrera de Derecho (lo que no establece, es cierto, ninguna relación con la inteligencia) y ocupaba un puesto subsidiario en un bufete de abogados al que él acudió acompañando a su hermano durante sus trámites de divorcio. De hecho era muy inteligente pero su cultura y gustos estéticos eran *middle-brow*, algo que para un esnob como Jaime resultaba casi más

ofensivo que una inclinación perversa por las figuras de Lladró o las canciones de Julio Iglesias, tal vez porque las personas con esa clase de aficiones caían tan por debajo de su umbral de interés humano que prácticamente no existían en su horizonte social; sin embargo tenía que tratar a muchas que en pintura no habían pasado del póster del *Guernica* ni en música de los clásicos populares, y ahí quizá, pensó al principio, se incluía Marga que, por otro lado, mostraba el mismo aplomo al defender la legitimidad de su complacencia en las comedias sentimentales de Hollywood que argumentando en contra de algún sindicato amarillo cuyas estrategias analizaba con una precisión que no dejaba de admirar a Jaime, más bien indiferente en esas materias. Marga había conocido al hermano de Jaime durante la carrera y por la familiaridad del apellido leía de vez en cuando los artículos del propio Jaime en la prensa, eso le comentó tras las primeras presentaciones, lo que aprovechó Jaime para anunciarle una serie de columnas osadas que iba a publicar sobre los premios literarios españoles. Marga dijo que no estaba segura de que le atrajera el tema y él le prometió que si le aburrían la invitaba a almorzar al restaurante que ella escogiera. ¿Y si me divierten?, preguntó ella, y Jaime respondió entonces también.

Ya sabéis que a los enamorados les encanta (hasta que su amor deviene rutina) refrescar una y otra vez la situación original en la que tomaron conciencia de que algo, que no era simple simpatía o coincidencia de pareceres, había surgido entre ellos y los empujaba sin remedio en un plazo breve al encuentro de los cuerpos. Por eso aquella comida en el restaurante chino de la plaza Colón adquirió un carácter de hito en su historia sentimental: desmenuzaron la palabra más volandera, el menor de los gestos que habían observado en el otro y que se elevaba a síntoma significativo de lo que